



Crónica Literaria

Por ALONE

Los Burocratas.— Por Pablo Huneus Cox. (Nova Terra, Barcelona).—

Por primera vez vemos en la literatura chilena abordar el tema de la burocracia, a la vez en broma y en serio, con un conocimiento acabado del asunto e innegable buen humor para dejar la solución pendiente.

Porque, la verdad, los burocratas estatales constituyen un problema a la vez universal y eterno, nacen con la organización administrativa y crían allí un alma colectiva tan fuerte que lo resisten todo, reformas, ataques, análisis, críticas, sarcasmos, etc.

Su esencia consiste en trabajar lo menos posible a medida que suben de categoría o grado y proliferar, creciendo y multiplicándose incesantemente y fatalmente, al modo del cáncer, con el que presenta grandes semejanzas.

Puedo hablar de ellos con conocimiento de causa: pertenezco a su número durante largos años y después de no trabajar nunca como lo hace un empleado particular en cualquier empresa o fábrica, me acogí a un bien merecido descanso, debidamente remunerado con la correspondiente persecución, hasta la muerte. Debo reconocer que, gracias a mi empleo público, pude aprender algo y dedicarme a otra cosa, así que el esfuerzo de los contribuyentes no puede considerarse enteramente perdido. Pero no todos opinan y proceden así y una considerable mayoría se limita a cumplir los reglamentos y las horas de oficina.

Hay, sin embargo, naturalmente, funcionarios públicos, es decir, burocratas, que trabajan y aún producen. O hablar de uno de esos fenómenos que existía en la antigua Oficina Central de Estadística. Después de una o dos horas había terminado su tarea y salió a la puerta de su despacho para ofrecer su ayuda a los demás. El celo por sus funciones lo devoraba. El solo habría podido reemplazar a veinte. Naturalmente, lo detestaban: los dejaba a todos en vergüenza, como aquel Stakanovitch que inventó la Unión Soviética y del cual no se habló más al cabo de un tiempo. Sin duda, la "burocracia" lo sepultó.

Porque la burocracia no es cuestión de partido ni de ideas políticas. Se da en Estados Unidos tan bien como en Rusia, aunque tal vez alcance su perfección en Francia. Maupassant, que fue empleado del Ministerio de la Marina, ha dejado algunos tipos inmortales, como el personaje de su novela corta "En Famille", inolvidable.

Pablo Huneus, cuyo paso por la Administración Pública, donde ocupó un puesto superior, según entendemos, fue breve, no tuvo tiempo para contrarrestar los vicios del sistema ni perder el relieve de las primeras impresiones: lo que presta a su libro aire de fresca y originalidad, al par que le imprime un colorido convincente de cosa vista.

Véase la estampa de su héroe:

"El señor Cáceres lleva veintiocho años en el Ministerio. Cada mañana timbra su tarjeta en el reloj control, unos minutos antes de las 9 (su puntualidad recibe puntaje máximo en la calificación anual) y siente una sensación de seguridad al entrar a algo tan sólido".

Describe el edificio como un monumento calculado para impresionar con su autoridad. Por desgracia, la impresión que produce es la del abandono y la mugre: grandes placas de bronce verdosas por la prolongada falta de limpieza, vidrieras solemnes que cubiertas de polvo perdieron su transparencia y, por aquí, por allá, mal disimulados montones de basura.

Este cuadro recuerda inmediatamente otro: el que presentan los historiadores de Chile el año 1830, inmediatamente antes que Portales asumiera el mando. Había alfombras de colillas de cigarros, los empleados se hacían llevar el té y vino a sus oficinas, la conversación constituía una de sus ocupaciones favoritas. Todo eso, de un día a otro, como por arte de magia, cambió. Y la desvencijada maquinaria del "carro del Estado" comenzó a trotar rápidamente. Había bastado que uno cumpliera su deber y apretara el resorte principal de la máquina para que el país entero entrara en vías de transformación, orden, limpieza, regularidad.

¿Cuánto tiempo demoraría ese resorte en relajarse?

Mis recuerdos personales, que datan de principios del siglo, no me permiten calcularlo; pero puedo atestiguar que ya las cosas marchaban familiarmente. Nada de escalafón, ni de estatuto administrativo, sólo el sacrosanto "empeño" y las buenas relaciones. Mi hora de oficina era de dos a cuatro y la de mi jefe, que acumulaba media docena de cargos, duraba un relámpago. No se había apagado aún el cigarrillo que encendió al llegar cuando ya se había marchado, echando humo.

Esos vicios, según parece, han sido reemplazados ventajosamente por otros. Ahora predominan los tecnócratas que poseen el arte de actuar a nombre del pueblo, pero sin el pueblo y acostumbran decir cosas que todos saben con palabras que nadie entiende. Los abogados redactan reglamentos laberínticos, los economistas encajan términos, como draw-back y, sin venir a cuento, emplean logaritmos.

Después de analizar el fenómeno, jugando un poco, Pablo Huneus propone todo un sistema para contrarrestarlo. Nos parece difícil que lo consiga. Está en los elementos más primitivos de la naturaleza humana, en el instinto mismo de conservación vital, obedece a la ley del menor esfuerzo, sabiduría y eterna. Desde que el más mínimo empleado ingresa a la Administración Pública, empieza a funcionar el resorte de su interés personal que consiste en que esa administración o fragmento de administración, sea o aparente ser la más importante de todas, para lo cual conviene que tenga el mayor número de empleados. Eso es de sentido común. También lo es que el gran número de empleados acrecienta la importancia del jefe y, lógicamente, su sueldo.

Este fatal encadenamiento de intereses solidarios se repite a todo lo ancho y todo lo largo de la Administración Nacional.

Y así tenemos que el área de la actividad privada va reduciéndose poco a poco hasta llegar al minimum indispensable para alimentar al área administrativa.

Esto dentro del régimen liberal capitalista... De los otros no hay para qué hablar. Ese mal constituye su esencia, son la burocracia en el poder (1).

Puede jactarse Pablo Huneus de haber hundido su estilite medio a medio y hasta el fondo de uno de los grandes problemas de nuestra organización civilizada.

(1) ¿Remedio? Léanse las páginas de don Francisco Encina sobre la llegada de don Diego Portales al Ministerio Universal y la transformación inmediata del país, año 1830.

Crónica literaria [artículo] Alone.

Libros y documentos

AUTORÍA

Alone, 1891-1984

FECHA DE PUBLICACIÓN

1974

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Crónica literaria [artículo] Alone.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile